

LOS LIBROS

LATORRE Y LA LITERATURA DE CONTENIDO HUMANO

Mariano Latorre es considerado, dentro de la literatura americana, algo así como el descubridor del campo chileno, por lo menos su más excelso intérprete. Bien sabido es que, antes de él, los escritores se habían inclinado sobre el campo y sus hombres desde lo alto de sus cabalgaduras, sin despojarse de su empaque citadino; se habían acercado y los habían tratado con curiosidad pero sin afecto: no podían detenerse mucho tiempo, la ciudad los llamaba. El campo se vengó, por supuesto, de esa actitud conmisericordiosa y no entró, no quiso entrar en su literatura; siguió siendo un territorio inexplorado y a la espera de sus descubridores. No tardaron éstos, por fortuna, en presentarse, con más llaneza y cargados de un acucioso deseo de comprensión, buscándole acomodo a su ternura, palpando con amorosa mano su seno áspero y agreste. Así nació la literatura criollista, y uno de los hombres que le dieron realidad, que le esculpieron forma es Mariano Latorre. En sus relatos, por primera vez el campo está presente y sus hombres se mueven con una humanidad natural, sin artificio, estiran los miembros elásticos y duros, y sus recios pulmones soplan también un aire oxigenado que es el de la naturaleza que habitan. Viento, sol, tormentas, amaneceres apacibles y noches cálidas o rumorosas; no al azar es que el paisaje predomina en la obra de Mariano Latorre. El campo penetra en el corazón del escritor y el escritor en el co-

razón del campo; de este feliz consubstanciado nace esa atmósfera sana de su literatura, un clima tónico y saludable, que unas veces es agua de mar y otras viento de montaña.

«On Panta», (1) tiene la virtud de mostrarnos un Latorre purificado, más conseguido. Desaparecen, en cierto modo, los elementos accesorios (modismo, terminología, demasiado sabor folklórico) y que los innumerables seguidores del género confundieron con la sustancia, y es una forma desnuda la que emerge de los dos relatos que forman el libro. El título podía llamarnos a engaño. «On Panta» es una deformación campesina de «Don Pantaleón»; pero el escritor restringe ponderadamente el uso y no se permite el abuso del zarandeado decir chileno. Y es más bien en cierto modo de construir la frase, en ciertos matices del lenguaje, que probablemente no podrán ver los críticos chilenos, donde se asienta la peculiar tónica regional. Para el ojo extranjero sí es visible; su misma condición de espectador, en este caso, lo habilita para darse cuenta rápida de esas diferencias. La explicación del fenómeno es bien fácil: otros escritores trabajan su estilo, perfeccionan su lenguaje inclinados sobre los modelos de las lecturas extranjeras, abrevan fuentes excelsas, pero al mismo tiempo se universalizan, pierden en pigmento nacional lo que ganan en perfecciones clásicas. Latorre no deja de preocuparse naturalmente por afinar su estilo, pero se ve que tampoco deja de tener bien puestos los pies en la comarca de lo regional ni de tender los oídos al hombre que pasa por su lado y que es el mismo que le presta la sangre para sus relatos.

¿Se cuida del mismo modo Latorre de hundirse en el alma de ese hombre?

Mucho se ha debatido ya sobre el criollismo naturalista, oponiéndolo al imaginismo, o literatura de imaginación. No somos partidarios sin reservas del criollismo, pero consideramos

(1) Editorial Ercilla, Santiago, 1935.

que es la literatura, en todas las literaturas, pero singularmente en la americana de estos días, una etapa de estricta eclipse histórica y con una función ya bien establecida. A la luz del análisis que nos demuestra estos hechos, considerada la literatura en su función social, el imaginismo sale perdiendo y se nos aparece como trastienda de evasión, una fuga de la realidad a la que el escritor estaría en la obligación más bien de conceder una atención más severa y obediente. El criollismo es, en cambio, una literatura de contenido humano y que, además, vuelve los ojos a lo nuestro, avalora a lo propio, descubre, fija, otorga categorías al paisaje y a la atmósfera circundante. Y casi al hombre, al criollo, al americano. Pero no alcanza el hombre aun a mostrarse entero, no alcanza el criollismo a dominarlo, ni a penetrar hondamente en su alma, en sus preocupaciones, en el flujo y reflujo de sus pasiones verdaderas. El hombre se mueve en el género un poco torpemente, denunciando su inacomodo, cojea; y es que carece allí de una dimensión humana: de sus problemas. Al criollismo, hasta hoy, no le interesaron; le bastaba con la zona sentimental.

Pero hay que reconocer que es por el criollismo, por su ancha franja naturalista, que se arriba a la literatura de raigambre social; el imaginismo, cuando más, nos conduce en ciertos casos al psicologismo, exalta lo subjetivo, atomiza, disgrega y se inhibe. El otro camino lleva al colectivismo y a los problemas de los hombres, sus horizontes se ensanchan y en ellos cabe entero, lleno de fuerza, el drama de estos tiempos.

En la literatura de Latorre ya lo social repunta por alusiones; y esto puede comprobarse mejor en su último libro, que no es, de ningún modo, bucólico y remansado como sus «Cuentos del Maule» (1912). La explotación del campesinado por el sistema de los vales; el ensanche abusivo, impune, de las tierras por los Letelier de toda laya; la rebeldía de los campesinos contra sus explotadores, que toma forma en los salteos y en la adhesión resuelta de los aldeanos al salteador Hilario, disputando des-

pués su cadáver a las autoridades y desarmando a sus representantes, etc., son otras tantas comprobaciones de la nueva actitud con que Latorre mira hoy el campo. Y esto indica una hermosa evolución que, por cierto, hay que aplaudir. Pero nos indica, además, que su literatura no corre así el riesgo de repetirse, de tornarse monótona, y en fin, vacía, como ha dado a entender la crítica. Al contrario, queremos creer que Latorre ha encontrado el camino por el que entrará a una zona más ancha y universal y en la que su personalidad podrá desenvolver toda su robusta complexión. Qué gran relato podrá darnos entonces Mariano Latorre. Tal vez la obra chilena que está faltando entre las nuevas obras maestras de la literatura americana.—OSCAR CERRUTO.



RUMBO ARGENTINO, por Manuel Seoane, Ercilla, Santiago 1935

Hay en la prosa de este libro un tono polémico, cálido de juventud, que nos acerca al autor. No, por cierto, el engrifamiento del que atiende a su tozudez más que a la honrada fricción de las ideas; tampoco el puro ardor de la sangre—que no en todos los casos es espíritu—, sino la juventud de las ideas, su complexión saludable, que parece presidir la actitud general de estos ensayos. Porque no de otro modo, sino en actitud de algo, de alguien es que veremos siempre mobilizarse el pensamiento de Manuel Seoane. *Páginas y polémicas* se llama justamente uno de sus libros (Edit. Tribuna, Lima, 1932). ¿Y qué otra cosa es toda su obra sino una larga polémica, un sucederse continuado de páginas, polémicas?

Hay en este escritor una feliz combinación del político y del artista, que se nutren mutuamente y mutuamente se controlan. Domina el político, ya que no en balde nuestros días le pertenecen más que, por ejemplo, al artista. Domina por voluntad de la Historia, nos dirá Seoane, a la que él ha querido